

January 2005

Juan el aprendiz

Germán Fernández Mejía

Universidad de La Salle, Bogotá, germanfernandezmejia@yahoo.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Fernández Mejía, G. (2005). Juan el aprendiz. Revista de la Universidad de La Salle, (40), 29-38.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

JUAN EL APRENDIZ

German Fernández Mejía*
Sopó, 18 de noviembre de 1999.

DEDICATORIA:

Este cuento es producto de mi imaginación. Sin embargo, como muchos cuentos, contiene referencias autobiográficas, que mis hijos seguramente reconocerán. A ellos, a Paula Mónica, Jerónimo y Margarita, dedico este cuento. También, y de manera muy especial, a mi primera nieta: **MARIANA FERNÁNDEZ VENEGAS**, quien descubrirá en el cuento su propia y exclusiva referencia.

Nací en un pueblo al norte de... mi padre era un hombre inteligente, de mente liberal, muy cariñoso y algo autoritario. Mi madre, mujer piadosa, tolerante y comprensiva era el centro del hogar.

Sí, al hacer memoria de esos años puedo decir que tuve una infancia feliz. Con mis hermanos aún recordamos con agrado y entre risas las rabietas de los viejos y sus «castigos» por las pilatunas que se nos ocurrían.

Bueno pues... todo comenzó así:

Mi padre se dedicaba a las labores del campo y naturalmente toda la familia. Si bien no éramos adinerados, los frutos del campo nos daban un buen vivir. Asistía a la escuela del pueblo porque esa era mi obligación, no mi gusto, pues yo quería hacer otras cosas más agradables como ir a pescar al río o deambular por el cercano bosque, no estar encerrado entre cuatro paredes memorizando datos y operaciones a las que no les veía ningún sentido práctico, que si no lo hacía, Agripina mi maestra, me castigaba brutalmente con su férula. Por miedo a los golpes repetía y repetía lo que ella decía para recitarlo casi igual en la clase siguiente. Sin embargo, seguía siendo un niño feliz y despreocupado.

Pero las situaciones cambian muy rápidamente. Aún recuerdo ese fatídico año para mi familia, la cosecha sencilla-

mente no maduró y mi padre se vio en la obligación de sacarme de la escuela.

- ¿Trabajar?, pero si aún soy muy joven para esas cosas.
-recuerdo que le dije a mi padre-

- No Juan, tú ya tienes 14 años y con lo que has aprendido en la escuela puedes trabajar en muchas cosas.

- No sé hacer nada, solo leer y escribir, sumar y restar y recordar uno que otro dato histórico.

- Para el trabajo que te conseguí no necesitas más, bueno sí... la fuerza de tus brazos jóvenes.

- ¿Ya tengo trabajo?

- Sí, donde el maestro Jacques y empiezas pasado mañana a las seis de la mañana.

- ¿Dónde ese viejo loco?

- No lo lames así, él es un sabio. Además tienes que tener en cuenta que debo pagar mucho dinero y...

* Coordinador del Área de Historia de la Arquitectura. Facultad de Arquitectura, Universidad de La Salle. germanfernandezmejia@yahoo.com

Obligación, necesidad, tienes que hacer, debes hacer, esas palabras me martillaron en el cerebro esa noche; no las que yo quería oír: quieres, deseas, sientes o alguna similar a estas.

No podía hacer otra cosa. A las seis en punto del día acordado estaba golpeando en la puerta de la casa del viejo loco de Jacques. Él mismo abrió el portón y me hizo seguir al interior de lo que él llamo su taller o laboratorio o como se llame.

¿Taller llamaba a esa pocilga? Por Dios el sitio era un enjambre de objetos rarísimos, piedras, ramas, hojas, aguas de diferentes colores guardadas en frascos de todas las formas imaginables y no imaginables, varillas, palos, hornos y tubos por doquier, mecanismos y aparatos contruidos en diferentes materiales. El espacio era gigantesco, había mesas y sillas, libros y rimeros de papeles escritos a mano. Las paredes de piedra estaban tapizadas con letreros y cuadros extraños de colores muy vivos. Para completar este panorama, vivían con él tres perros que dormían en los rincones y dos gatos ronroneadores acostados en mullidas «camas».

Jacques era un hombre de barba larga, de pelo entrecano, fornido, de grandes manos, nariz aguileña y mentón cuadrado, potente voz y edad indefinible. Llevaba una vida muy austera, metódica y disciplinada. Trabajaba, leía, anotaba cosas en hojas de papel que él mismo hacía, a veces se quedaba interminables horas sin hacer nada, él decía que estaba pensando. Yo en cambio pensaba que él en esos momentos estaba «soñando despierto», mejor dicho de «punto fijo».

Mi trabajo en los primeros seis meses consistió en barrer, limpiar, preparar la comida para los perros, los gatos y nosotros dos. Es decir, encargarme de las labores domesticas, cosa que no había hecho en casa de mi familia, pues allí siempre hubo una persona encargada de estos quehaceres. Detestaba lo que estaba haciendo, pero debía seguir haciéndolo. Otra vez la palabreja *deber*, seguía haciendo estragos en mi cerebro, ¿sería ese el rumbo de mi vida?: debo hacer esto o aquello, debo hacer o ser lo que digan los demás, ¿Y lo que yo quiero hacer qué? Claro que yo no sabía aún que quería hacer con mi vida y decidí que lo mejor era seguir en el taller o laboratorio del viejo loco de Jacques, hasta que consiguiera un mejor trabajo y por ende, una mejor forma de pasar la vida.

Un día se apareció una mujer, ni vieja ni joven, solicitando trabajo. Jacques la contrató para realizar las labores que yo venía des-

empeñando, con lo cual me liberó de esas abominables tareas. Pense que ahora sí podía hacer algo de provecho, pero, mis ilusiones fueron vanas. Mi trabajo, desde ese momento consistió en macerar hojas, moler piedras hasta volverlas polvo, avivar el fuego y llevar un archivo de todo lo que realizaba. Debía apuntar, retener y recordar cada cosa que hacía, para que el loco de Jacques hiciera su «trabajo», mientras Paulinne, la mujer encargada de los oficios varios, cantaba, reía, consentía a perros y gatos y daba gracias a Dios por hacer sus funciones domésticas. La verdad, no comprendía su alegría por realizar un trabajo tan detestable como ese. Ahora sí lo entiendo, de ella aprendí que cualquier trabajo por bajo que uno lo considere, puede ser tan satisfactorio y creativo como uno quiera. Recuerdo sus ricos potajes, sus «descubrimientos» culinarios, su exquisita sazón, como también recuerdo su bondadosa manera de ser y su cariño que daba a manos llenas.

Pues bien, como decía, debía moler y macerar, apuntar y almacenar todo lo que hacía. Me inventé un sistema de archivo para ubicar fácilmente lo que el viejo loco de Jacques me pedía, a los seis meses de estar en ese trabajo recordaba exactamente lo que estaba anotado en las fichas y si la memoria me fallaba sabía en que lugar estaba el apunte. Por fortuna mi maestra de escuela me había capacitado para esto. Lo que me quedaba más difícil era moler y macerar, eso sí que necesitaba toda la fuerza de mis brazos y no se diga de



conservar el fuego de los hornos, pues, debía cortar leña dos horas al día. Esa sí que fue una experiencia tan desagradable para mí como lo fue barrer y limpiar el laboratorio.

Una tarde de verano, después del almuerzo, Jacques me sugirió que lo acompañara al bosque. Sin preguntarle lleve conmigo el hacha y una canasta. Varias horas caminamos por senderos desconocidos para mí. Yo refunfuñaba, Jacques en cambio murmuraba palabras ininteligibles, cantaba, reía solo y de vez en cuando se detenía para observar flores y árboles, piedras y pájaros. Pintaba y escribía en su libreta de apuntes.

- Debes observar, sentir, vivir el bosque y todo lo que se encuentra en él.- me dijo.

- ¿Para qué señor Jacques?-pregunté.

- Deja de llamarme señor Jacques, para ti soy simplemente Jacques. Si me quieres poner un título, llámame maestro Jacques. Ahora escucha lo que te voy a decir: de aquí en adelante observa, mira con la mente, no solo con tus ojos. Huele, haz que tu nariz «lea» tanto como tus ojos. Pon tus oídos a escuchar los sonidos del ambiente, no tus palabras o las mías. En fin, utiliza tus cinco sentidos y construye imágenes de todo este bosque en tu mente.

A partir de ese día salíamos a caminar por el bosque unas dos veces por semana, a no ser que Jacques estuviera trabajando en procesos que requerían toda su atención y entrega, o que estuviera diseñando y construyendo mecanismos. Poco a poco me fue gustando el paseo. Principie a recrearme con las cosas que descubría en el bosque y que nunca me habían llamado la atención. Imitando a Jacques empecé a llevar una libreta de apuntes conmigo para pintar lo que me llamaba la atención y escribir mis ideas. Al principio dibujaba horroroso y escribía peor, tanto así que cuando volvíamos al taller, pasaba mis apuntes en otras hojas y las archivaba en un cajón que construí para tal efecto.

Jacques estimulaba mi recién adquirida curiosidad y contestaba cariñosamente a todas mis preguntas e inquietudes, como si fuera mi hermano mayor.

Nuestro radio de paseo se amplió con el tiempo. Empezamos a recorrer las praderas, las montañas y los acantilados cercanos al pueblo. Mis dibujos mejoraron, cuando pintaba una vaca o una oveja, reconocía una vaca o una oveja y lo que es mejor, Jacques también las reconocía como tales, hasta Paulinne, alababa mis dibujos por lo bien hechos.

Un día descubrimos una cueva en la mitad de una montaña y decidimos explorarla. Nos adentramos como unos cincuenta metros, mejor dicho hasta una profundidad tal que no veía ni mis manos a un palmo de mi nariz. Jacques sugirió no seguir adelante, nos podíamos perder. Yo me negué a salir y le pedí

que nos sentáramos. Estaba maravillado, nunca antes había experimentado la total oscuridad y quería vivirla. Finalmente nos sentamos en el suelo húmedo de la caverna o al menos yo lo hice, no sé si Jacques también, no lo veía. Al poco rato empecé a sentir como una especie de aleteo y le pregunté a Jacques que era eso. Él me respondió que eran murciélagos, esa era su «vivienda». Me preguntó si yo los conocía.

- Sí –le respondí–, varias veces los he visto a la luz de la luna.

- No Juan, ¿te estoy preguntando si has visto a uno de cerca?

Tuve que admitir que no. Acto seguido le pregunté cómo veían ellos en la oscuridad de esa caverna para volar sin estrellarse.

- Ellos no ven, se guían por el olfato y el oído.

No le creí, sin embargo me imagine como sería su aspecto. Me los imaginé con unas grandes orejas como de conejo y unas narices más grandes que las de un cerdo, la imagen de esos animales me causó risa y así se los describí a Jacques, él también entre risas, por mi descripción, me dijo que eran casi como me los había imaginado, dijo también que yo me había formado un concepto de ellos a partir de una idea.

-Algún día por estudiarlos y aprender de esos animales voladores, el hombre encontrará la manera de volar y guiarse como los murciélagos lo hacen.

Seguí sin creerle. Pero de todas maneras me imaginé volando como un murciélago en mitad de la noche, pero como los murciélagos no me gustaban mucho, cambié la imagen por la de una águila, y me sentí volando por encima de los valles y las montañas, eso sí que fue emocionante. Al poco tiempo desistí de la idea, mi imaginación no daba para tanto. Definitivamente Jacques era un viejo loco, dígame si no, ¿a quién se le ocurre que los hombres vuelen?

Recuerdo otro episodio, este sí maravilloso, pues, cambió mi vida por completo: era una fría tarde de finales de otoño, estábamos en lo alto de una colina gozando de un lento atardecer. Tendido sobre la hojarasca observaba las nubes que se formaban y como ellas dibujaban en el cielo diversas figuras. En voz alta decía que veía un caballo aquí, una casa allí, ora un campanario, ora un arado, más allá un pájaro, Jacques, que hasta ese momento no había pronunciado palabra, de repente dijo con potente voz:

- Mira, allá a la derecha, se ve un Alquimista con un gran matraz en su mano.

- ¿Un Alqui... qué?

- Un Alquimista.

- ¿Qué es eso?

- Es una persona, no una cosa, Juan.

- Entonces ¿quién es eso?

- Un Alquimista es...

Durante más de dos horas estuvo hablando acerca de la Alquimia y de los Alquimistas. Sólo recuerdo que le entendí que esos señores se dedican a transmutar el plomo en oro. Yo no sabía qué era exactamente el plomo, pero sí sabía lo que era el oro. Concluyó con unas palabras que me dejaron pasmado:

- Yo soy Alquimista y tú Juan eres aprendiz de Alquimista.

Empezó a llover, penosamente nos devolvimos al poblado en silencio, la lluvia empapó mi capa, mis pies estaban húmedos a pesar del calzado que llevaba y se me enfriaron hasta las... tibias.

A la mañana siguiente no me pude levantar de la cama, tenía calenturas, mis encías temblaban y me dolía todo el cuerpo. A medio día llegó a mi casa Jacques, me puso una mano en la frente, me palpó por todos lados y le dijo a mi madre que no se preocupara.

- El muchacho es fuerte, sólo necesita descanso y cama. Dele este remedio y en dos o tres días estará repuesto.

Justo. Dos días después me sentía tan fuerte como un roble. Ese reposo me sentó a las mil maravillas y me sirvió para pensar qué quería hacer de mi vida. Decidí que quería seguir al lado de Jacques por tres razones importantes: la primera, quería llegar a transmutar el plomo, ese metal de porquería en oro, así sacaría a mi familia de la pobreza en que se había sumido por culpa de la agricultura. Con el oro seríamos inmensamente ricos, como lo era Don Perignon, prácticamente el dueño del pueblo. Ya no tendríamos que mendigar un poco de comida. Me imaginé llevando las pepitas de oro a la tienda de víveres del pueblo para comprar ricos y finos manjares, luego compraría telas, vestidos, muebles de exóticas maderas, caballos, vacas y ovejas; gallinas y bueyes con arados. Mi familia tendría por fin una casa hermosa rodeada de lindas flores y mi madre ya no podría decir aquello de que el campo ennegrece, empobrece y embrutece.

La segunda, le había tomado cariño al viejo loco de Jacques, él sabía muchas cosas que yo ignoraba y deseaba conocerlas. Era hasta médico, me había curado. En los escasos dos años que había estado al lado de él había aprendido

más que los seis años que estuve en la escuela, con la hosca maestra Agripina, esa sí que era una vieja loca que me obligaba a recitar de memoria unas estúpidas poesías y a repetir hasta la saciedad las palabras que escribía con mala ortografía. En cambio Jacques me obligaba a pensar, a elucubrar, a «jugar» con lo que aprendía, no me criticaba, por el contrario me apoyaba, sin importar que tan estúpidas eran mis ocurrencias o mis ideas. Descubrí que él sí que era un verdadero Maestro. Sería mi guía de ese momento en adelante, lo escogería a él como mi Maestro., tanto como él me escogió a mí como su aprendiz.

La tercera estaba ligada a las otras dos, con el dinero que me daría el oro y con lo que aprendería de mi Maestro, sería un poderoso señor. Más poderoso que el cura del pueblo y mucho más que el alcalde.

Al tercer día me presenté en su laboratorio con unos deseos inmensos de aprender de él todo lo que pudiera, yo ya sabía que quería hacer con mi vida, además decidí no volverme a referir a él como viejo loco, lo llamaría: maestro Jacques. No mejor Jacques a secas como él me lo sugirió.

Tal vez por mi determinación mi vida cambió. Le encontré sentido a mi labor y me sentía alegre en todos los momentos del día. Escribí las canciones de Paulinne y las cantábamos a dúo, a veces el maestro Jacques nos seguía con su melodiosa voz de bajo. El laboratorio se llenó de vida y de color, se inundó de alegría y esperanza. Diría que hasta los perros podían sentir este glorioso cambio. Llegué a proponerle a mi Maestro que deseaba dormir en el laboratorio. Él se alegró muchísimo, diciendo que así compartiríamos más experiencias juntos, le podría ayudar en sus experimentos y a la vez podría hacer los míos.

Mi Maestro me dio más responsabilidades. Mejoré y amplíé mi archivo de tal forma que hice varias cajas para guardar ese conocimiento. Aprendí los elementos, las herramientas, las piedras y los productos vegetales. Aprendí sus colores, sus formas, sus características, en fin aprendí las posibilidades potenciales de cada uno de ellos.

Una noche a la luz de las velas Jacques me dijo que jugaríamos cartas para matar el tiempo, mientras se «cocinaba» su ensayo o experimento. Varias veces le gané la partida, estaba radiante, pues era la primera vez que le ganaba a mi Maestro en algo tan simple como un vulgar juego de cartas. Él me pidió que le explicara como hacía para ganarle tan fácil, yo le «enseñé» que era cuestión de llevar las cuentas en la cabeza, recordar las cartas que habían salido y estructurar así el ataque y la defensa, es decir responder con la carta precisa y por ende ganar el juego.

- Hoy aprendí algo nuevo y tú me lo enseñaste Juan, gracias.

Quedé sorprendido, ¡yo, el aprendiz, enseñando al Maestro!

Pero más sorprendido quedé cuando él me explicó el significado de los palos de la baraja con relación a los cuatro elementos y al trabajo alquímico, dijo:

- Mira Juan, los bastos significan la tierra, están al sur. Las copas, el agua, están al norte. Las espadas están al occidente, significan el aire. Los oros, como es evidente...

- El fuego, maestro Jacques y se colocan en oriente –me atreví a decir.

- Aprendes rápido Juan, aprendes rápido.

- ¿Qué relación tenían estos palos con los metales? Le pregunte y él me respondió:

- Tú tienes que elaborar tus propias relaciones, éstas pueden ser diferentes a las mías. Ya conoces las funciones, indaga sobre su estructura y encontrarás su significado.

El Maestro se levantó a revisar el experimento, yo me quedé sentado pensando en lo que acababa de decir. Cuando volvió le dije:

- Maestro, solo he podido elaborar un significado, los demás se me escapan a mi entendimiento.

- Te escucho.

- Oros es el símbolo del sol, del sol naciente, por eso está en oriente, de tal manera que puede significar la luz, la verdad y en últimas el Supremo Hacedor, porque de Él emana la Gran Verdad, Él es el oro de la creación universal.

- Muy lindo significado Juan. Nuestros antepasados se referían a Dios como el sol naciente, como el sol invencible: *Sol Invictus* le llamaban a ese Divino Ser, a quien debemos amarle sobre todas las cosas y conducir todas nuestras acciones hacia Él.

Hasta ese momento ignoraba que un juego de cartas me pudiera enseñar algo tan profundo y significativo para la vida misma. Esa noche sentí la verdadera presencia de Dios, la sentí dentro de mí, fue una experiencia aleccionadora y profundamente espiritual, jamás la he olvidado y muchas veces la he vuelto a sentir.

El trabajo al lado de mi Maestro era intenso, metódico, a veces extenuante. Sin embargo, siempre hubo espacio para la risa, la diversión, el juego y el coro con Paulinne. Nunca abandonamos los paseos por el bosque, siempre había algo que aprender. Si encontraba un árbol que me llamaba la atención, dibujaba por separado cada uno de sus componentes:

la flor, el fruto, las hojas, las ramas, el tronco y escarbaba en sus raíces para dibujarlas y comprender su estructura. Y luego lo pintaba totalmente, como en realidad era, con el fin de analizarlo de todas las formas posibles. Incluso llegaba a describirlo sintéticamente.

Un día, muy de mañana iniciamos un experimento, mi Maestro me aseguró que él ya lo había ensayado sin obtener el resultado esperado y por tanto podía salir más complicado de lo que esperaba. Me preparé convenientemente sacando del cajón mis fichas para no olvidar nada. Mientras tanto Jacques colocó un montón de aparatos y mecanismos en la mesa de trabajo, algunos de estos objetos ya estaban en el laboratorio cuando yo llegué, otros fueron diseñados por él y contruidos con mi ayuda.

Trabajamos más de doce horas continuas y el experimento fracasó. ¿Qué pasó? Yo no lo sabía y esperaba que el maestro Jacques me sacara de la duda. Lamentablemente él tampoco tenía la respuesta. Durante varios días se ocupó del asunto y yo de los míos.

Fue un martes, de eso estoy seguro, pues ese día, Paulinne al vernos tan pensativos, nos preparó un perrito de cerdo al horno en salsa de ciruelas bañado con vino de burdeos. Estaba exquisito y bien cocinado. Cuando estaba terminando mi plato, en mi interior me sonó una campanita y le dije a mi maestro:

- El experimento fracasó porque sacamos la mezcla de la retorta antes de tiempo, por tanto la temperatura no llegó a su punto.

- ¿Qué sugieres Juan?

- Repetirlo, pero esta vez tengamos en cuenta el tiempo para que el líquido se cocine a más alta temperatura, que es lo que pienso que falló.

- Vamos pues, manos a la obra, hagámoslo como tú dices.

De inmediato nos pusimos a trabajar. Preparamos todos los elementos que eran necesarios, las herramientas, los recipientes, corté leña y avivé el fuego del horno. Mientras mi Maestro mezclaba y revolvió. Trabajamos sin descanso hasta el otro día anotando todo minuciosamente. Esta vez, después de analizar algunos pasos, Jacques tenía la certeza de que el experimento iba por buen camino.

Yo seguía anotando hasta los suspiros de mi Maestro. Por fin llegó el momento esperado, con mucho esfuerzo vertí el líquido de la retorta en un recipiente al que previamente había colocado, por instrucciones de Jacques, unos metales extraños para mí.

- Volvió a fallar –musitó.

- No del todo Maestro.

- Sí, el experimento debe ser correcto en sus partes para que sea correcto en el todo. No puede ser medio correcto o relativamente fallido. Es o no es, a medias no sirve.

Dure tres días revisando mis notas, comparándolas con las anteriores, trataba de descubrir cuál había sido la falla, mientras mi Maestro realizaba otras labores en silencio. Lo único que se me ocurrió pensar fue en el tiempo, otra vez el tiempo. Teníamos unos relojes de arena que a mí se me antojaban imprecisos; así que me puse en la tarea de diseñar y construir un reloj más exacto. Hice diagramas, dibujos, mecanismos y no encontraba la solución.

Un caluroso día de verano tomando agua para calmar la sed me llegó la inspiración: una serie de recipientes que al llenarlos de agua, por medio de un sencillo mecanismo vertía esta en otros y así podía marcar más precisamente el tiempo transcurrido. Finalmente le agregué una campanilla que marcaba las horas. No sólo vería al tiempo transcurrido, también lo oíría. Lo construí a escondidas de Jacques; y a escondidas repetí el experimento. Cuando hube terminado llamé a mi Maestro y se lo mostré, quedo estupefacto. Me felicitó y me llamó maestro Juan.

- Desde hoy eres un verdadero Alquimista.

Este éxito, mi primer éxito como alquimista, no fue gratuito; fue producto del esfuerzo, la dedicación y la disciplina. Me ayudé de mi memoria, de mis anotaciones y de mi experiencia en casos similares. También le atribuyo el éxito a no olvidar en ningún momento los elementos que intervinieron, a tener en cuenta sus relaciones, que analicé en forma sistemática y así logré concluir correctamente el experimento, que tantos dolores de cabeza le había causado a mi maestro Jacques.

Tal vez Jacques no vio lo que yo sí. Tal vez él comenzó a pensar en certezas que acabaron en dudas, en cambio yo empecé con dudas que acabaron en certezas.

Aun cuando él seguía siendo el Maestro y yo el aprendiz (a propósito nunca he dejado de serlo), el trato que me dio desde ese entonces fue de igual a igual. El cariño y el aprecio que le tenía por sentirlo como mi hermano mayor se convirtió en un profundo sentimiento de verdadera amistad, como solo puede sentirlo y exteriorizarlo el hombre que piensa y cree que el otro es igual a él.

En el amplio solar posterior de su casa ampliamos el laboratorio así cada uno tenía su propio espacio de trabajo que

se unían en la agradable cocina de Paulinne. Ella seguía preparando sus exquisitos manjares; a veces nos sorprendía con unas comidas exóticas, salidas de su desbordante imaginación de cocinera. Que adorable mujer, siempre sonriente y dispuesta a servirnos desinteresadamente. Se podía decir que en esa casa existían tres laboratorios y que vivían juntos tres alquimistas, dos gatos y tres perros... pero qué memoria la mía, casi se me olvida que existía una cuarta persona, un muchacho que apareció de repente solicitando trabajo, llamado Hieronymus, Jero como le empezó a decir desde el primer día Paulinne. Pues bien Jero, como decía, era un muchacho delgado, inteligente, imaginativo y zurdo. Tenía una destreza sin par para el dibujo y la pintura, hábil con las manos y las palabras. Fue un aventajado aprendiz de alquimista y hoy un verdadero Maestro en ese arte. Recuerdo que se casó con una dulce muchacha menudita, de grandes ojos negros, llamada Margaritte.

Con la invaluable ayuda de Jero, podíamos dedicarnos a nuestros propios experimentos. Sin embargo, siempre cambiábamos impresiones, discutíamos, nos ayudábamos, tratábamos de relacionar lo que cada uno realizaba. Muchas veces los ensayos de Jacques me servían a mí y viceversa, cuando los procesos eran complicados, nos dedicábamos al mismo experimento. No siempre eran exitosos. En esos casos analizábamos juntos sus causas, sus fallas, sus efectos y las discusiones se volvían interminables, como no existía rivalidad entre nosotros, podíamos llegar a conclusiones y formular hipótesis sobre sus posibles resultados.

Nuestros paseos resultaron más enriquecedores por la curiosidad sin límites de Jero. Este muchacho tenía una mente prodigiosa, al contrario de lo que yo hacía, él no llevaba ningún papel para tomar notas, cuando llegaba al laboratorio podía dibujar de memoria lo que le había llamado la atención. En el bosque Jero era feliz, saltaba, corría, se subía en cuanto árbol podía, siempre llevó consigo un canasto para recoger hongos y frutas; los hongos se los entregaba a Paulinne y ella los preparaba casi siempre con ajo. Las frutas nos las comíamos en el camino de regreso. Como me gustaba enseñarle a este muchacho.

Bueno a decir verdad me gusta enseñar y eso lo descubrí por casualidad. La loca de Agripina, la maestra de mi ya lejana infancia se murió, y la escuela del pueblo quedo acéfala. Por pedido del alcalde y del cura me hice cargo de la educación de docena y media de cabros locos. Mi aspecto les debió parecer extraño y divertido a la vez. Las burlas y los chistes a mi persona no se hicieron esperar, cosa que no me importó, por el contrario lo vi normal y es más, los estimulé, a mi modo también les tome del pelo. A las seis semanas dejaron de llamarme viejo loco para pasar a ser el maestro Juan. En ese momento comprendí que me había ganado su aprecio y respeto. Jamás los castigué por no saber una respuesta de me-

moria. Pretendí, y creo haberlo logrado, que ellos construyeran sus propias ideas y conceptos. Si se equivocaban o sus apreciaciones eran incorrectas las discutíamos en clase, incentivaba su libertad de expresión para que cada uno de ellos, a partir de mis explicaciones, encontrara su propia verdad. Apoyaba sus proyectos, no los criticaba; guiaba sus experiencias; no imponía mis ideas y jamás me burlé de sus barrabasadas. Sé que aprendieron mucho y que mis enseñanzas les fueron de mucha utilidad. Algunos de ellos me han superado en conocimiento, otros en sabiduría. Hoy, todos ellos son hombres de bien, éticos y comprometidos con su sociedad. Esta fue una etapa maravillosa de mi vida.

Aún conservo un par de cátedras: una de historia en donde exploramos las pasadas glorias de la humanidad con el apoyo de libros y viejos documentos que poseo, y otra que yo llamo taller de creatividad, esta es formidable, ellos ponen a prueba su ingenio y creatividad, se apoyan en novelas de ficción y en escritos sobre futuro. Sus trabajos son variados, unas veces escriben cuentos o componen poesías sobre el

Que pena, me deje llevar por la emoción y perdí el hilo del relato, volvamos a este.... ¿en dónde estábamos?... Estaba hablando de los experimentos que planeábamos con el maestro Jacques. A principios del invierno del año... él me dijo que tenía el conocimiento que necesitaba y estaba en capacidad de obtener la Gran Obra; es decir, realizar el sueño alquímico: transmutar el plomo en oro. Yo argüí lo contrario, aduciendo que a mí me parecía que estaba muy encima el día indicado para obtenerlo, pues este debía coincidir a más tardar con el inicio del verano. Pero él se empeñó y ante esa determinación no me pude resistir a ayudarlo.

El proceso era largo y dispendioso. De día trabajábamos sin descanso, en las noches revisábamos los resultados parciales y formulábamos hipótesis que nos permitían prever los resultados de los múltiples pasos que debíamos acometer a la mañana siguiente. La ilusión por concluir la tarea nos impedía sentirnos agotados. A principios de marzo revisamos por última vez los procesos, estábamos seguros de obtener el resultado. El laboratorio era un hervidero de actividad, Jero



tema que les ha llamado su atención, algunas otras elaboran maquetas de conocidos edificios o los que construirán en el futuro; diseñan aparatos observando la mecánica de los seres vivos. Trabajan con su cerebro y con sus manos, estímulo los trabajos manuales tanto como los intelectuales, hasta les he cocinado objetos de cerámica en mi horno.

Enseño por puro placer de transmitir a la juventud mis experiencias y conocimientos, además por un sentimiento algo egoísta y lo confieso: de ellos aprendo muchísimas cosas, de sus mentes frescas e imaginativas saco ideas para mis experimentos, no así de las personas de mi edad, de ellos solo escucho dogmatismos e ideas anquilosadas, tienen miedo al cambio y pavor al nuevo conocimiento. «Mataron» en su interior esa curiosidad infantil, tanto así que ya dejaron de creer en la magia, en las brujas y los duendes.

iba y venía sin descanso, anotaba todo, cortaba leña para alimentar el horno y casi no dormía. Paulinne también contribuyó a macerar y moler, ella decía que era lo mismo que cocinar potajes, aunque no sabía exactamente qué era lo que estábamos haciendo.

Tres días antes del equinoccio de primavera vinieron a avisarme que mi madre quería verme, ella estaba enferma y que como ya era anciana se temían lo peor.

- Ve a visitarla maestro Juan, las personas de esa edad saben que la muerte está cerca y desean despedirse de sus seres queridos.
- ¿Y el experimento qué?
- Ese puede esperar, tu madre no.

Partí de inmediato, tuve tiempo de llegar y ver a mi madre con vida. Hablamos de mi vida y sin ocultarle la verdad, porque sabía que no lo entendería, le expliqué el experimento que nos proponíamos a realizar en ese momento y lo que sería mi futuro. Afortunadamente acompañé a mi madre en sus últimos momentos. Después de darle cristiana sepultura con lágrimas en los ojos me devolví a los carrerones al laboratorio un día antes de la fecha indicada. Allí encontré un cuadro desolador, mi Maestro sentado en su silla favorita, había muerto una hora antes de mi llegada.

- El maestro Jacques le dejó esta nota- dijo Paulinne entre sollozos a la vez que sus regordetas manos me entregaban un papel amarillento y un tanto arrugado.

- Le dejó dicho que mañana en la mañana abriera el horno de Atanor, que estaba seguro de su resultado –sentenció compungido Jero.

Una inmensa tristeza envolvió mi ser, en escasos dos días se fueron para siempre las personas que más amaba en la vida. Dispuse todo para velar a Jacques, al viejo loco de Jacques, a mi gran Maestro. Al día siguiente de madrugada, llevamos al féretro de Jacques a la iglesita románica del poblado. A su sepelio asistieron casi todas las personas del pueblo; el camino al cementerio pasaba cerca del bosque, allí hice detener el cortejo fúnebre, pronuncié unas cortas palabras, un sentido adiós y una oración, luego en el cementerio cavamos su tumba y plantamos una acacia encima de ella. Paulinne, Jero y yo como huérfanos deshicimos el camino hasta el laboratorio. Lo menos que podía hacer era abrir el horno a la hora indicada y así fue. La sorpresa de nosotros fue mayúscula, no sabía si reír o llorar, allí adentro estaba la Gran Obra, el viejo loco había logrado transmutar ese plomo de porquería en el más refulgente oro. Lo peor era que por no haber estado en los últimos días, no sabía exactamente como lo había obtenido. Me acordé del papel que el día anterior me entregara Paulinne, pensando que en este había escrito el secreto. El papel solo contenía un poema escrito por él mismo, momentos antes de su muerte, este rezaba así:

«Quien practique este maldito arte,
No tendrá nunca oro bastante,
Porque todo el oro en ello invertido,
¡No cabe duda! Lo vera perdido» .

No estaba escrito ningún secreto o... ¿tal vez sí?... lo volví a leer con calma y no supe descifrar el enigma escondido en esas palabras, o tal vez el momento no era el apropiado para descifrarlo. De todas maneras me sumí en una profunda depresión y durante algo más de un mes no hable, comí muy poco y escasamente dormí. Durante ese tiempo realicé un examen de mi vida hasta ese momento. Descubrí que por las enseñanzas del maestro Jacques, llegué a ser lo que soy, por mi trabajo constante y disciplinado obtuve el saber; ahora

sabía exactamente qué hacer, solo que necesitaba llorar a mis seres queridos, física y espiritualmente.

Fue Jero, ese pequeño aprendiz de alquimista quien me saco de mi doloroso estado, al preguntarme a boca de jarro:

- maestro Juan... ¿qué preparo para el experimento?

- ¿Cuál experimento Jero?

- Pues... el que vamos a iniciar.

Comprendí que mi pupilo deseaba seguir adelante en la construcción de su propio saber y que no podía cortarle las alas a este muchacho, además que mejor remedio para esa soledad interior que dedicarme a lo que sabía y me gustaba. Durante los dos meses siguientes me dediqué a realizar algunos experimentos menores, pero en mi mente rondaba el Gran Experimento y decidí, en honor a mi gran Maestro, «meterle el diente». Jero se puso feliz por mi determinación

Empecé, pues, a comprobar algunos procesos del experimento de Jacques, leyendo una y otra vez sus notas, tratando de develar el secreto; formulé todas las hipótesis posibles para acercarme a un resultado teórico. Los intrincados cálculos que realicé me demostraron que mi Maestro me había puesto una trampa, él omitió deliberadamente en sus notas ciertos pasos necesarios que de no realizarlos el producto final no se completaría o sería producto de la casualidad. Viejo loco este Jacques, pensé esbozando una sonrisa, desde su tumba me estaba enseñando, me estaba obligando a comprobar lo que yo creía que era cierto.

No tenía más opción si quería realizar la Gran Obra, que empezar de nuevo, desde el principio, por fortuna contaba con la gran ayuda de Jero como aprendiz de alquimista y la de Paulinne como «asistente de oficios varios», sin ella no hubiera sido posible realizar lo que nos proponíamos, por su amorosa dedicación al aseo, al orden y a la cocina y a las labores «alquímicas» que le indicaba.

Fue por ese tiempo que apareció en el taller la dulce muchacha Margaritte, aquella agraciada joven que se casó con Jero algunos años después. La verdad existen sentimientos que escapan a la razón por más lógica que se le ponga al asunto y el amor es uno de ellos. Esta muchacha llegó con el pretexto de vender compotas aunque Paulinne las elaboraba de forma magistral y no se por que razón empezamos a comprarlas. Con el tiempo Margaritte se «coló» en el taller con otro pretexto: ayudar a Paulinne en sus quehaceres domésticos y servir de ayudanta de Jero. Estaba seguro que ni el uno ni la otra necesitaban de su ayuda, pero, como dije, el amor y la amistad no pueden estudiarse en el laboratorio, esos sentimientos brotan espontáneamente. Jero y Margaritte se enamoraron y entre ella y Paulinne se creó un fuerte lazo de amistad.

La presencia de Margaritte le inyectó vida al taller, el laboratorio se llenó de flores ya no para macerar sino para adornar. Pintó las paredes de colores brillantes, y nos enseñó nuevas canciones. Trajo consigo un perro, al que le pusimos por nombre Mercurio. Los paseos por el campo ya no eran propiedad exclusiva de nosotros, a esos se sumaron Paulinne y Margaritte, la una con la excusa de recoger bayas y frutas, la otra por sacar a pasear el perro. Era una dicha ver al perro retozar en los potreros, seguidos por Margaritte y Jero o ver Paulinne viendo, oliendo y mordiendo, los frutos y la bayas que depositaba en el fondo de su canasta. Yo por mi parte me dedicaba a observar, pintar, anotar y meditar. A veces dormía sobre la yerba a la sombra de un árbol y ellos al final de la tarde me despertaban para emprender el viaje de regreso.

Otra vez la emoción me hizo perder el hilo del relato, pero no puedo dejar de pensar en esos agradables momentos. No quiero dejar pasar por alto que asistí al inicio de una linda relación que surgió entre Margaritte y Jero y que aún, después de tantos años, sigue igual de linda.

Como venía diciendo, iniciamos el proceso a mediados de octubre del año de... apoyados en las notas y las memorias, en nuestras experiencias y en los conceptos aprendidos, estudiamos detenidamente todos y cada uno de los elementos que intervendrían en el proceso y las relaciones estructurales de los mismos. Los analizamos minuciosamente, tanto en sus componentes como en forma general. Todo este proceso nos llevó a concluir que nos faltaban algunos elementos y mecanismos necesarios para la realización del Gran Experimento.

Mi tarea consistió en elaborar los elementos y realizar los cálculos, la de Jero en diseñar y construir los mecanismos.

El invierno de ese año fue particularmente frío, de eso se quejaron Paulinne y Margaritte. Jero y yo casi nos dimos cuenta por estar ensimismados en el arduo trabajo físico que realizábamos en el día: cortando leña, avivando el fuego, transportando pesados recipientes, midiendo y construyendo aparatos; y por el intenso trabajo intelectual nocturno: calculando, formulando hipótesis, estableciendo relaciones entre los procesos y previendo resultados.

Al inicio de la primavera el proceso estaba verificado en su totalidad, ahora era cuestión de comprobar los resultados parciales del experimento, cosa que ejecuté valiéndome del cálculo y la práctica. Hacia mediados de abril logré establecer que el proceso marchaba a la perfección, lo cual me demostraba que su resultado final sería el esperado.

De acuerdo con nuestra programación al experimento le faltaban unas dos semanas de trabajo, estaría listo a mediados de junio, unos 10 o 12 días antes del solsticio de verano. Estaba satisfecho con el proceso, si bien se presentaron algunos problemas, estos no fueron graves y logramos solucio-

narlos a tiempo. Tenía la certeza que el experimento no fracasaría. Pero... sucedió lo impredecible, algo falló. Como dice el adagio popular: «no hay paraíso sin culebra». Y la «culebra» se presentó en forma de problema de difícil solución. Varios días, con sus noches, estuve sumido en mis notas, las confronte con las de Jacques, revisé los apuntes de Jero, realicé cálculos, busqué en cuanto libro pude, discutí en voz alta mis propios argumentos ante Jero, Paulinne y Margaritte, quienes en silencio se limitaban a escuchar sin opinar. Tal vez esperaba que ellos, con sus ideas frescas me ayudaran a ver la luz, me transfirieran algo que no sabía que era. Faltando escasos cinco días para la culminación del ensayo, Jero rompió su silencio:

- Maestro Juan, usted dice que el maestro Jacques dejó muy pocas notas sobre esta última parte del proceso.

- Sí Jero, así es.

-¿No será que él también llegó a este mismo punto sin tener la respuesta a este problema y se ingenió la manera de solucionarlo por otro camino?

-Eso es posible, pero...

¡Claro esa era la solución! Cuantas veces mi Maestro me había dicho que no podía acercarme a comprender cosas desconocidas, a través de cosas conocidas, ¿por qué olvidaba las enseñanzas de Jacques?

Ahora entendía a mi Maestro y su falta de notas, el proceso requería exactamente eso: idear nuevos pasos, ingeniar otros caminos para encontrar las soluciones. La solución, no estaba en sus notas, ni en las mías, ni siquiera en los libros que consulté, la solución estaba en mis propias ideas, más exactamente en la innovación de los procesos y en la inventiva de mi mente. Ese descubrimiento era finalmente lo que mi maestro Jacques quería que hiciera. Ese día entendí su falta de notas, es decir: «su trampa».

Finalmente, el 10 de junio a las tres menos diez minutos de la tarde del año... del horno de Atanor salió el más puro oro que yo haya visto, logre transmutar ese cochino metal plúmbico a través de sucesivos, complicados y lentos procesos en oro, logre crear oro en mi laboratorio.

El éxito de mi creación me llenó de orgullo. Esa noche dormí a pierna suelta sabiendo que mi invento me reportaría grandes beneficios. Muy de mañana, antes de que se despertaran todos en casa salí a caminar sin rumbo fijo, en compañía de Mercurio. Quería meditar sobre los sucesos y poner en orden mis ideas. Mercurio, que inicialmente caminaba detrás mío, cuando llegamos a la pradera, se volvió como loco de felicidad. Corría a grandes zancadas detrás de los caballos, perseguía ovejas, le ladraba a gallinas y gansos, le mostra-

ba los dientes en señal de ataque a otros perros que encontramos por esos caminos; cuando se cansaba me esperaba echado debajo de un árbol o al borde de un riachuelo. Llegamos al fondo del valle y me senté a descansar, allí llegó Mercurio y se sentó a mis pies con la lengua afuera. Por el comportamiento de este fogoso animal, me dio por pensar que un perro es un ser libre. Hace lo que quiere. ¿Hace lo que quiere? No, viéndolo bien no hace lo que quiere, hace lo que debe hacer, solo obedece a su propia naturaleza. Un perro es un perro y no puede cambiar, los hombres sí. Por ejemplo yo cambié, pase de ser un muchacho que nada le preocupaba a ser un hombre que sabía lo que quería hacer; y esa justamente es la diferencia entre los animales y los seres humanos: la libertad, el libre albedrío, la autonomía para moldear la vida que se desea.

Después de medio día recordé las tres razones que me impulsaron a seguir al lado de mi Maestro: por la riqueza que obtendría del plomo transmutado en oro, por las ganas de saber y por el poder que daban esas dos cosas juntas.

Me acordé del poema que el maestro Jacques escribió antes de morir:

«Quien practique este maldito arte,
No tendrá nunca oro bastante,
Porque todo el oro en ello invertido,
¡No cabe duda! Lo verá perdido.»

¿Qué me quiso decir? Pensaba. Lo leí varias veces, tratando de descifrar su significado. Saqué el arrugado papel observándolo detenidamente. ¿Cuál era clave secreta? ¿Debía sustituir las letras por números?, ¿leerlo al contrario?, ¿leyendo unas palabras sí y otra no? El esfuerzo por entender era en vano, no le encontraba sentido, intuía que allí había algo que no sabía que era. Estando en estas unas voces me sacaron de mis conjeturas:

- Buenas tardes maestro Juan.
- Lo hemos echado de menos, ¿cuándo vuelve por la escuela?
- Sí maestro ¿cuándo?... nos hace falta sus clases, con usted es una dicha aprender.

Les conteste cualquier cosa por quitármelos de encima, pero ellos insistieron. Les conté algo del experimento que el día anterior concluí y les prometí que pronto volvería.

Seguí mi camino con Mercurio al lado... y con los muchachos, me querían acompañar en mi paseo. Preguntaron muchas cosas, les respondí con paciencia y afecto. Al toque de las campanas anunciando las cinco de la tarde se despidieron de mí.

Emprendí el camino de regreso a mi casa, a mi laboratorio, a ese amado sitio en donde había transcurrido mi vida en los últimos 15 años. A ese laboratorio al que por fortuna entre a trabajar con Jacques. Al lado de él aprendí, me instruí, investigué y por qué no decirlo, me formé como persona. Él me enseñó con su ejemplo tres cosas básicas: me guió con fraternal cariño como si fuera mi hermano mayor, me infundió responsabilidad tratándome como si yo fuera igual a él y con respeto y tolerancia me dio libertad de acción. Con mis alumnos he tratado de proceder igual. Ahora estoy seguro que al lado de Agripina y su férula, no sería lo que soy. Y lo que es más, esos muchachos seguirían repitiendo de memoria pesados poemas y fórmulas innecesarias para su vida, seguirían escribiendo y leyendo a medias sin hacer ningún juicio, sin aportar ningún concepto, sin proyectarse, ocupándose y trabajando por necesidad y por el deber hacer, no por el querer hacer y el querer ser.

Estas elucubraciones me llevaron a entender el poema de mi Maestro. Comprendí el mensaje «oculto», una pequeña luz se prendió en mi interior, Dios me iluminó. Lo que descubrí lo fui elaborando mientras caminaba de regreso con Mercurio. (¿Será por eso que los alquimistas llaman a Mercurio el mensajero de los dioses?) Y poco a poco encontré lo que perseguía en la vida.

Ahora que sabía como obtener todo el oro que yo quisiera, ya no lo necesitaba, no ambicionaba ser un hombre rico, no quería amasar una fortuna haciendo harina a los demás. Pero tampoco deseaba ser un hombre poderoso, el poder hace hombres déspotas y eso no me atraía. Lo que quería, lo que verdaderamente quería, era dedicarme a la ciencia a conocer mejor el mundo que me rodeaba, a saber más, a aprender de los demás. Quería seguir siendo aprendiz, deseaba innovar y crear nuevos caminos y objetos y por supuesto transmitir ese conocimiento y esas experiencias a las generaciones venideras para que tuvieran una mejor forma de vida.

En últimas, lo que comprendí aquella tarde fue muy simple: mientras trataba de transmutar el plomo en oro, lo que realmente estaba transmutando era mi propio ser. El resultado de mi experimento culminó exitoso, si no lo hubiera logrado, el resultado también hubiera sido exitoso. Era yo y no el plomo el que se estaba transmutando.

«Quien practique este maldito arte,
No tendrá nunca oro bastante,
Porque todo el oro en ello invertido,
¡No cabe duda! Lo verá perdido» .

Qué sabías palabras: el oro no era la meta, no era el fin, era simplemente un medio...

FIN